

González de Andrés, Enrique: *1976, el año que vivimos peligrosamente. Las instituciones provinciales franquistas y la conflictividad sociolaboral*. Madrid, Editorial Postmetrópolis, 2021. 478 pp.

Que la transición española a la democracia no fue un período tranquilo ni una etapa modélica, como a veces se ha querido poner de relieve, parece obvio hoy en día, cuando se han empezado a publicar libros e investigaciones sobre unos años durante los cuales hubo una intensa conflictividad política y social y además no fueron pocas las víctimas mortales que se produjeron por la actuación de la policía y de las organizaciones de la extrema derecha. Esta es, justamente, una de las características del libro que acaba de publicar Enrique González de Andrés, centrado en un año, 1976, en el cual los conflictos sociales se cruzaron con una política en la que, en primera instancia, estaba claro que no había ninguna voluntad por parte de los políticos franquistas de querer potenciar una evolución hacia la democracia. Y sólo el hecho de que España vivía en una situación de intensa conflictividad –se trataba de una auténtica olla a presión– y de que un sector de los políticos franquistas fue consciente de que sólo aplicando una reforma política se podía evitar la ruptura, permitió que se acabase planteando una transición que culminó con la monarquía democrática.

Es en este marco político donde Enrique González centra su estudio, en la conflictividad sociolaboral de este año, una conflictividad sociolaboral intensa motivada básicamente por dos razones: en primer lugar, por las consecuencias de la crisis económica mundial iniciada en 1973, pero que en España empezó a dejarse notar un poco más tarde; y, en segundo lugar, claro está, por la situación política que se estaba viviendo y la progresiva irrupción de los sindicatos clandestinos. González de Andrés estudia la intensa conflictividad de este año, sin embargo, de una manera peculiar, básicamente, en primer lugar, porque utiliza unas fuentes que hasta hoy nadie había utilizado con la intensidad en que lo hace él, como son los informes procedentes tanto de los gobernadores civiles como de los delegados sindicales; en un momento en que aún existía la Organización Sindical Española (el sindicato vertical) e incluso de la policía. Se trata de unas fuentes que el autor utiliza intensiva y extensivamente a lo largo del año 1976. Y lo hace analizando provincia a provincia, estructuradas todas ellas en tres apartados: las provincias con nula conflictividad, las provincias con escasa conflictividad y las provincias con alta conflictividad. No deja de ser curioso que sólo en tres provincias –Madrid, Lugo y Alicante– no exista documentación. En cambio, la provincia de Barcelona es la más documentada, seguramente, aunque él no lo explicita, porque es donde se produce una conflictividad sociolaboral mayor. Además de Barcelona capital, aparecen la mayoría de las ciudades industriales de la provincia: desde Sabadell o Terrassa, hasta Mataró, Vilafranca del Penedès o Vilanova i la Geltrú. Y trata tanto las huelgas, como las asambleas obreras, las manifestaciones, etc.

Otra característica que cabe destacar del libro de Enrique González es que en los informes aparecen la práctica totalidad de los sectores industriales, pero tam-

bién el sector de la construcción e incluso el sector agrario. Huelga decir que episodios como el que se produjo en Vitoria en marzo, donde la policía disparaba contra una asamblea de trabajadores que llevaban dos meses en huelga y provocaba cuatro muertos, o la huelga general que tuvo lugar el 12 de noviembre convocada por la COS (Coordinadora de Organizaciones Sindicales) –entre ellas CCOO, UGT y USO– contra las medidas de ajuste laboral y económico del gobierno de Suárez y por la amnistía y las libertades democráticas, también aparecen en muchos de los informes estatales. Unos informes que contienen, ciertamente, mucha información, a veces simplemente estadística –aunque en alguna ocasión, como indica el autor, esté equivocada–, pero que pone de relieve también que las autoridades seguían siendo franquistas y el trato que daban, cuando los mencionaban, a los sindicatos clandestinos o a las organizaciones políticas, especialmente al PCE, en ningún caso hacían prever que se estaba avanzando hacia la democracia.

En fin, el libro de Enrique González no sólo es fundamental para conocer con intensidad lo que sucedió en 1976, «el año que vivimos peligrosamente», sino en buena medida también para entender la transición, una transición que, a día de hoy, se nos antoja como un período fallido, unos años que, como decía al principio, en ningún caso los podemos considerar modélicos –como una determinada bibliografía pretende– y en los que se quedaron por el camino muchas esperanzas de un cambio que se intuía más radical y más rupturista respecto al pasado. El libro de González de Andrés, sin duda, también nos sirve para comprender el fiasco que, hasta cierto punto, acabó siendo la transición.

Pelai Pagès i Blanch
Universitat de Barcelona
p.pages@ub.edu